

UN ENSUEÑO DEL RABI

Jesús, pues, seis días antes de la Pascua vino a Betania, donde estaba Lázaro el que había muerto, al cual Jesús había resucitado de entre los muertos.

E hicieronle allí una cena y Marta servía.

Entonces María tomó una libra de unguento de nardo puro de mucho precio y ungió los pies de Jesús y limpió sus pies con sus cabellos. ;

SAN JUAN, Cap. XII, (vers. 1-2-3).

Era en Betania. La tarde dulce y lánguida tocaba el paisaje de melancolía. Las copas oscuras de los cedros y de los cipreses tenían todavía un beso de sol.

El blanco pórtico de la casa de Lázaro sonreía entre los mirtos. Por la puerta abierta penetraba la brisa que venía de jugar entre los pomares florecidos.

Allí en la sala espaciosa de paredes azuladas y techo de cedro, estaban sentados a la mesa Jesús y sus discípulos. También estaba Lázaro el de los ojos profundos que vieron a través de la puerta misteriosa y sorprendieron el secreto de la muerte.

El Rabi estaba pensativo. Sus ojos oscuros miraban soñadores el paisaje que enmarcaba la ventana abierta. Por el camino que se perdía como una franja de colores claros entre las huertas y los olivares, se retiraba un rebaño de cabras negras. El pastor iba vestido de pieles y el viento jugaba con su larga cabellera. En el fondo claro del poniente y como pintadas en un cristal cóncavo se veía volar unas cigüeñas con rumbo a Jerusalén. Bajo el pórtico de una casita que se alzaba sobre una colinilla cercana, engalanado con hiedra, una joven vestida con blanca túnica, acariciaba a un corderillo.

Rodeaban la casa plantíos de rosales. Entre el jardín se arrullaban las palomas; se las veía blanquear entre la hierba como azucenas caídas.

En la quietud de la tarde se escuchaba quejarse la muela del molino doméstico, al que algún criado hacía girar.

La figura dulcemente varonil del Rabí se destacaba del grupo como un lirio rojo en un campo triste. Su largo albornoz de lana gruesa descendía hasta sus pies calzados con sandalias. La frente pálida que el sol había quemado durante las largas caminatas, estaba sombreada por las dos bandas de sus cabellos oscuros, que un postrer rayo hacía brillar como si tuviesen oro. Acariciaba inconsciente, con la mano fina y larga, su barba rizada.

—Háblanos más, Rabí, cantó una voz dulce. Fue como si una flecha de oro hubiera rasgado aquel silencio henchido de meditaciones que, como un velo de seda, flotaba en la sala espaciosa.

—Háblanos más, dinos frases tan consoladoras como aquellas con las que a los tristes hablaste en una ocasión: —“las aves del cielo no siegan ni allegan en alfolies, y nuestro padre celestial las alimenta”— “Los lirios del campo no trabajan ni hilan y ni aún Salomón con toda su gloria, fue vestido como uno de ellos”.— Sigue, Rabí, y yo cerraré los ojos y soñaré que el viento que murmura misterioso entre las palmeras y los cedros, nos habla con su voz grave y armoniosa como la tuya. —Quisiera oírte siempre. Rabí! — Ah! si supieras! — Tus enseñanzas han florecido en mi alma . . . !

Fue María, la hermosa pecadora, quien así dijo.

Descansaba en un asiento bajo. Tenía su soberbia cabeza levantada hacia el maestro y en sus ojos tranquilos, hermosos, había un destello de adoración.

Jesús la miró. La energía que brillaba en sus pupilas se endulzó como al contacto de una caricia.

La voz serena, de modulaciones extrañas, que hacía correr por las almas corrientes exquisitas, pobló la gran sala y fluyeron de los labios del maestro las frases como bálsamos amables. Habló del reino de su padre donde todos son iguales, donde todos son felices, donde todos se aman.

Marta la diligente, trajinaba afanosa, y no se quejaba al maestro de la indolencia de su hermana como lo hizo en un día ya ido, porque sabía que él la excusaría, como lo hiciera entonces.

Jesús dejó de hablar. Quedó meciéndose en la espaciosa sala el eco de su voz, como humo aromoso de incienso quemado en un pebetero de oro.

Los que allí estaban tuvieron la ilusión de que sobre la brisa se iban flotando sus palabras como rosas de luz.

¡Oh, Rabí! murmuró María —eres bello, eres dulce, eres grande! — Mi alma te reconoce por el hijo de Dios. —Para mí eres un Dios!

Se prosternó a sus plantas. De entre sus vestidos sacó un frasco de unguento de nardo, ungió los pies de Jesús y luego los enjugó con la banda de seda de sus cabellos blondos. El perfume enervante del nardo se extendió en oleadas por toda la habitación.

Jesús no se movió.—Sus ojos profundos la contemplaban ansiosos, llenos de amor.

—¡Oh, mujer! susurró acariciador. Su mirada besó la frente admirable que yacía a sus plantas como un altar caído, de mármol.

En la sala, de paredes azuladas había ahora un silencio extraño, lleno de ansia, de curiosidad.

Todos lo miraban sorprendidos; sólo Juan el impoluto, el hermoso y amado discípulo, sonreía dulcemente.

Seca, dura como un martillazo, la voz de Judas el hijo de Simón, deshizo el encanto:

—“¿Por qué no se ha vendido este unguento por trescientos denarios y se dio a los pobres?”

El Rabí miró a su derredor, como si despertara de un sueño. Pasó su mano por la frente pensativa y se estremeció. Venía del país encantado, del país del amor. Todas las cabezas que se levantaban en torno suyo le recordaban su misión dura, penosa, a la que estaba prohibido el ensueño erótico, que robaría energías que los tristes necesitaban.

Habló con acento lleno de dolor: —“¿Por qué dáis pena a esta mujer porque ha hecho esta buena obra para conmigo?”

De cierto os digo que donde quiera que este evangelio fuere predicado, también será dicho para memoria de ella”.

Sus ojos melancólicos, llenos de amor, contemplaban la gloria de oro que acariciaba sus pies de caminante.

Posó su mano en la cabeza de María.—Levántate, mujer! Tu recuerdo perdurará a través de los tiempos e irá unido al mío como el perfume del lirio a la flor.

El silencio reinó otra vez en la sala de aquella casa de Betania que se levanta sobre los tiempos bíblicos como el más encantador de los monumentos de amor.

El paisaje que enmarcaba la gran ventana abierta se deshacía en la sombra. Ya no se distinguía ni el camino con el rebaño de cabras negras, ni la casita con su pórtico de hiedra, bajo el cual jugueteaba con el corderillo la jovencita de alba vestidura.

Blanqueaba entre los mirtos y las palmas la sepultura doméstica y Lázaro la contemplaba con mirada llena de misterio.

Afuera se arrullaban las palomas, y una fuente se alejaba con el glu-glu quejumbroso que cantaba su agua.

El Rabí miraba caer las sombras sobre el campo. Había en su rostro una dulzura infinita como si su alma gustase de algo exquisito, inmensamente bello y delicado.

1911.